

LA HERIDA LUMINOSA

“La violencia no sirve a ninguna verdad: ella misma quiere ser la verdad”. Jean-Luc Nancy

La artista Rosella Matamoras se expresa frente a los hechos del pasado 11 de setiembre en la exposición “Indicios”, por inaugurarse el próximo lunes 25 de febrero

Rocío Fernández

Rosella Matamoras se encontraba en Washington cuando, el 11 de setiembre pasado, terroristas talibanes secuestraron y estrellaron aviones en una acción sin precedentes contra los Estados Unidos. La artista inició una serie de dibujos collage como testimonio de la experiencia que, posteriormente en Costa Rica, completó en ocho cuadernos de trabajo. Una selección de imágenes de esta bitácora sin di-

ses se exhibirá en orden cronológico en la sala Enrique Echandi del 25 de febrero al 22 de marzo, con el título *Indicios*.

Sobre hojas de pequeño formato, Matamoras recrea el horror mediante el trazo intenso y emotivo que la caracteriza. Con un lenguaje abstracto y gestual (frotos, tachones y elementos que se reiteran con una poderosa carga simbólica) revive la dimensión caótica de los hechos. Son obras hermosas y perturbadoras, llagas luminosas por su misma ausencia de fe. Frente a ellas se siente añoranza por una humanidad que se vuelve mítica. Basta con escuchar a la misma ar-

tista: "Me he parado en una esquina a observar a mi raza...No tengo respuestas, solo preguntas".

El tamaño de los dibujos también le da al conjunto la intimidad y el recogimiento necesarios para observar la mutilación y la violencia que retratan. Una combinación sensible de materiales -óleo-pastel, tizas, goma, tela, gasa y cinta adhesiva- le permite a Matamoros expresar con acierto las diferentes capas del terror y las huellas del asombro.

Con un balance de lirismo y expresionismo, la artista nos recuerda cómo, cuando un ciclo de miedo y desesperación se impone, la lenta depredación acaba contaminando todo cuanto le rodea.

"Estos (mis dibujos) son indicios de que no hay tolerancia ni disposición a la armonía".

Articular el vacío

Como cualquier artista fiel a su época, los mundos de Rossella son múltiples: la obsesiona la simultaneidad y por eso sus obras van del *happening* al teatro, de la danza a la instalación y del ensamblaje al vídeo. Periódicamente recurre al plano tridimensional como una necesidad imperativa: desborda el marco y se aferra al montaje.

En *Indicios*, incursiona en la filmación de su obra con modestia y sencillez. Los diarios, escritos en tiempos de guerra, son grabados desde una perspectiva testimonial. No existe otra pretensión: son cuentas de un rosario de estados anímicos. Algo se ha caído, el miedo nos ha despertado, dicen los cuadernos hojeados sin prisa con música de Roger Reynolds, Paul Chiara y Earl Kim ("From behind the un-reasoning mask").

Saltar de la página del cuaderno de dibujo al espacio de la galería le planteó a Matamoros un regreso a la instalación. Aficionada a mundos de compartimientos estancos y separaciones (en *Teatritos* obligó al espectador a mirar fragmentos anímicos en la intimidad de pequeñas cajas a través de una abertura que lo zambullía en la introspección), en esta oportunidad montó 36 dibujos sobre láminas de acrílico adheridas a varillas de construcción, suspendidas sobre hierro con forma de espiral. El conjunto de estructuras alineadas semeja un coro de lamentos en medio del silencio: un bosque de atriles donde descansan partituras que precisan los gritos inaudibles de cuantos murieron.

En el vacío de la sala, los murmullos solitarios tejen un alarido colectivo.

Otra herida incurable cubre una pared de la galería. Sin importar la dirección de su lectura, el mural complementa la reflexión de Matamoros.